



VOL: AÑO 3, NUMERO 6

FECHA: PRIMAVERA 1988

TEMA: LA OTRA CARA DEL PODER

TITULO: **Una invitación: Pensar el poder sin el rey ni la ley: El pensamiento político de Michel Foucault**

AUTOR: *Isidro Morales Moreno*

SECCION: Artículos

## TEXTO

Foucault ha sido conocido como un crítico del discurso al denunciar las relaciones de poder en que éste ha estado inmerso. Se le ha considerado también un crítico del encierro y de la psiquiatría, y el abanderado de movimientos espontáneos y "anárquicos". Dada la complejidad y lo ambicioso de su obra, se seguirá viendo a Foucault dentro de estas imágenes y otras más que proliferarán, en parte por una lectura perezosa de sus libros, en parte por los clichés que de él se hacen al comentar pasajes de sus escritos.

En este trabajo se ofrece una reconstrucción de lo que se podría denominar el pensamiento político del filósofo francés. Se sugiere aquí que el núcleo de la reflexión política de Foucault no fue la antisiquiatría, ni la prisión o los movimientos periféricos y "anarquizantes", como tampoco lo fue el Estado, las instituciones, las ideologías o los partidos.

Foucault estructura su análisis político a partir de los mecanismos técnicos y discursivos que han hecho posible la constitución de un tipo de individualidad propio de las sociedades occidentales. Es a partir del sujeto y no de las clases sociales o las instituciones, que Foucault ofrece una lectura sobre las estructuras de poder en los Estados modernos.

Este estudio es ante todo un trabajo de síntesis que pretende rescatar las categorías, las figuras e ideas globales que permean la "obra política" del autor. Con todo, la parte final pretende hacer una breve reflexión de la manera en que se podría incorporar este tipo de reflexiones teóricas a los estudios sobre el poder y la política en México.

El poder como relación entre decir y ver.

Foucault fue conocido durante los sesenta y los setenta como el teórico del discurso. El intento durante esos años fue recentrar el análisis filosófico no en términos de un "sujeto" trascendente, sea el "cogito" o la "libido", ni siquiera en términos del lenguaje, ya sea la palabra que habla o el significante que nos remite a un juego de signos. Para Foucault pensar se remitía ante todo a una práctica que ponía en juego, por un lado, una serie de enunciados y por otro, una serie de visualidades. No corresponde aquí hacer un análisis de lo que se ha llamado la obra "epistemológica" del autor. Basta sintetizar los principales postulados para ubicar en ellos el espacio que le concedió al poder.

En la obra de Foucault, pensar no es hablar, pues el lenguaje es la playa en cuyo horizonte se despliegan las palabras, las frases y las oraciones. Pensar es enunciar, si se

concibe al enunciado como una reagrupación del lenguaje sujeto a una regularidad. El enunciado, de acuerdo a Foucault, ordena signos que enuncian y objetos que significan. Pero es la regularidad del enunciado la que rige la posición del sujeto hablante y la del objeto u objetos a los que se remite. Foucault centra el análisis del discurso al interior de lo que él llamó sus "reglas de formación". [1] De esta manera, el ejercicio de discursar, al tener su propio orden, es perfectamente separable de la intencionalidad o "subjetividad" del sujeto que habla, así como de los objetos "reales" a los que remite. El discurso es por consiguiente una práctica irreductible, sometido a una regla de distribución.

A diferencia de otros autores que consideran que el discurso descifra o reconstruye un orden externo, -el de los objetos a los que remite (el caso de las escuelas empiristas o positivistas)- o de aquéllos que ven en él el despliegue antagónico de una "conciencia ideal" y otra "material", o una "científica" y otra "ideológica", Foucault no interroga al discurso en términos de su contenido o de su significado, mucho menos de su veracidad. El "a priori" de Foucault es detectar el "estrato" que hace posible una cadena de enunciados. Entre las palabras y las cosas, según Foucault, lo que impera es el orden; orden de los enunciados y orden de los objetos. Detectar la base que funda y permite el orden de una cadena de enunciados, así como sus mutaciones en el tiempo fue un objetivo-central de sus investigaciones al problematizar el pensamiento en términos de las conformaciones discursivas.

Ahora bien, aunque el "objeto" de un enunciado está inscrito en el propio discurso y sometido a sus reglas, dicho objeto nos remite forzosamente a "algo" externo al discurso. Este "algo", esta exterioridad no es concebida en términos de "realidad", o de "materialidad" para contrastarla con una supuesta inmaterialidad de la "idea". Si discursar es una práctica, ella es tan "material" y tan "real" como cualquier otra práctica. Para el autor, discursar nos remite a un campo de visualidad, a una reagrupación de la luz.

No obstante, entre decir y ver hay un espacio insalvable. El objeto que enunciamos no es el objeto que vemos. El objeto enunciado pertenece al discurso, el que vemos pertenece a un espacio de visibilidad. El uno es irreductible al otro, y no obstante hay una relación de captura entre los dos. Entre lo que decimos y vemos hay un esfuerzo constante de integrar, o si se quiere, de hacer corresponder lo que enunciamos con los objetos iluminados en el espacio, aunque lo que se diga no sea lo que se ve. [2]

Irreductibilidad de lo visual y autonomía del discurso; al igual que el segundo ni "la mirada" ni la luz fundan el espacio visual, aunque estén integradas en él. Es el orden de la imagen y las bases que lo fundamentan lo que permite que en un momento dado se pueda ver algo y no otra cosa, así como no siempre se puede decir todo ni cualquier cosa. [3]

Para Foucault, la verdad no es algo que cabalga en el juego de la palabra ni que dormita en la quietud de los cuerpos externos. La verdad se genera justamente en el espacio de la captura, de entrelazamiento, entre lo que se dice y lo que se ve. La verdad es el entrejuego que se abre entre dos formas irreductibles la una de la otra, pero cuyos contenidos y signos se están interpelando de manera constante. La verdad se produce por la integración de esas dos prácticas y se modifica a partir de un ejercicio complejo: una mutación en el orden de los enunciados, una modificación en el orden de lo visual o un cambio de correlación entre lo que se ve y se dice. Es a partir de este triple eje que una lectura de la verdad puede ser histórica.

Ahora bien, Foucault ubica al poder en el espacio que separa la palabra de la luz. [4] El poder es lo que hace posible la integración entre una y otra, es lo que funda y posibilita la producción de la verdad. Y no obstante, el poder ni habla ni ve, pero hace hablar e incita a

ver, o a la inversa, produce silencios y oculta espacios. Al igual que el decir y ver, el poder es para Foucault una práctica irreductible, diferenciable de las dos primeras. Al igual que éstas, no hay sujeto que lo funde, ni la Ley (sea esta "natural?", "divina" o derivada de un "contrato") ni la violencia. Pero a diferencia de las formas enunciativas y visuales, el poder no es analizado por Foucault -en términos de distribución, sino de relación de fuerzas. En su visión más simple, el poder tiene la espontaneidad de afectar y la posibilidad de ser afectado; es una relación física que produce desplazamientos, que incita, que induce, que dificulta o facilita, que seduce, que vuelve probable. [5]

Así, el saber en la obra de Foucault se constituye tanto por la forma del enunciado como la de lo visible. El poder por la interacción de fuerzas.

Mientras el saber ordena, el poder se ejerce. Pero así como hay capturas y penetraciones recíprocas entre lo que se ve y se dice, las hay también entre el saber y el poder. Aún más, hay "primacía" del poder sobre el saber pues no hay posibilidad de ordenamiento sin que intervenga una relación de fuerzas. [6] Esto es así debido a que el poder incita, induce, dificulta o posibilita la interpelación del contenido de lo visible con el contenido de lo que se habla; Las relaciones de poder implican las relaciones de saber. Las relaciones de poder provienen a su vez de un sinnúmero de puntos, en el sentido nitzcheano del término: la fuerza inmanente a todo proceso, no sólo en la relación entre los hombres, sino al interior de él, la fuerza que existe entre los elementos y las atracciones. [7]

Y bien, si el poder es constitutivo del saber, produce a su vez la verdad como problema. Es en esta relación que Foucault fundó la posibilidad de una "historia política" de lo verdadero. [8]

Dispositivos estratégicos y relaciones de saber.

Definido en lo abstracto como relación de fuerzas, el poder no obstante adquiere su dimensión histórica al integrarse a prácticas determinadas. La mecánica de las relaciones de poder adquiere su temporalidad sin duda al lado de las prácticas discursivas y visuales que le son concomitantes, pero no se confunde con ellas. Si el poder es un ejercicio físico, el desencadenamiento de su acción no es reductible a un juego de signos y visualidades, aunque sus efectos se resientan sobre estos dos terrenos. Para Foucault el poder se ejerce mediante un aparato tecnológico, cuya fuerza táctica se codifica en lo que él llamó "dispositivo". Este a su vez, genera un tipo de discurso, por lo que todo dispositivo encierra una relación de poder-saber.

Desde esta perspectiva, el análisis del poder no privilegia ni la potencialidad ni la posesión, tan socorrida por muchos análisis de la ciencia política, sino la constitución tecnológica. El poder es concebido por Foucault como una "máquina generadora de efectos" y no como una recopilación de recursos materiales o simbólicos capaces de ser utilizados por alguien contra alguien.

Ahora bien, la emergencia de una "máquina-dispositivo" se da, en primera instancia, a un nivel local: al nivel "micro" de la relación entre personas y de los "focos" localizados en donde se traman estrategias de poder-saber. Esta es la instancia por excelencia en que se tejen las relaciones de poder para Foucault. De ahí que en su obra invierta toda la trama analítica para aprehender el poder "ahí" en donde se ejerce: no en los castillos y parlamentos, ni en los "aparatos" estatales, sino "abajo", en las instancias "microfísicas" de su ejercicio.

Foucault no quiere negar con lo anterior la existencia de instituciones -civiles, religiosas, militares, educativas, etc.- en las que una sociedad articula en un momento dado sus

estructuras de poder. Pero para él, dichas instituciones son el producto de un reencadenamiento de los dispositivos y tácticas que se han generado en otras instancias y en tiempos diferentes. La institución es una forma "terminal" de las relaciones microfísicas de poder. El reencadenamiento es por consiguiente ascendente y no a la inversa. Si una institución puede en un momento dado cumplir efectivamente con sus objetivos -mantener el orden "cívico", conducir "espiritualmente" a sus fieles, educar, movilizar para la guerra, etc. -es porque sus actividades descansan en una red múltiple de relaciones de poder. La institución recodifica dichas relaciones y las somete a una estrategia general para obtener sus fines. Desde esta perspectiva, la institución no es la génesis del poder, sino más bien la reapropiación de relaciones de poder inmersas y diseminadas en la sociedad. La "macrofísica" del poder es posible gracias a una rearticulación y reapropiación constante y meticulosa de las relaciones microfísicas que se generan en puntos difusos. En ese sentido, el Estado, esa gran máquina capaz de generar efectos colectivos, no es más que la institucionalización de los dispositivos y máquinas que circulan en la sociedad en un horizonte histórico. El Estado tampoco es la génesis del poder, sino una reapropiación de los mecanismos microfísicos que recodifica en estrategias y tácticas globalizantes. [9]

Concebir el poder de esta manera tiene implicaciones de importancia. La primera es que la reflexión política debe desplazarse de sus objetos más queridos: las instituciones, incluso las que conforman el Estado. De ahí el reproche que Foucault hizo al pensamiento político heredado de Locke, Hobbes, e incluso de Maquiavelo, por ser estudios que no han guillotinado al rey. [10] Es decir, es un pensamiento político que no puede concebir el poder en su dispersión, en su diseminación, en sus efectos múltiples y lo centra en instancias "nucleares": la familia, el ejército, la Universidad, el Estado.

Desplazar el análisis del poder hacia el nivel microfísico implica también alejarse de aquella tradición que ha contemplado el poder como relación terminal de las relaciones económicas. Si bien Foucault no niega que el ejercicio del poder esté inmerso en una complejidad de relaciones económicas y sociales, no lo considera como un subproducto de éstas; como "aparatos de Estado" cuya función última sea la reproducción ampliada de las estructuras económicas y las clases que en ellas se conforman. De ahí su polémica con las escuelas marxistas de los sesenta y setenta que tanto proliferaron por las universidades parisinas.

Ahora bien, una visión del poder tal y como la propone Foucault nos lleva a contemplarlo por todas partes. El poder proviene de y va a todos lados, circula por las instituciones, atraviesa incluso a aquéllos que lo ejercen. Ello es así porque el poder es inmanente a toda relación social. Una visión así no deja de generar problemas, pues si las relaciones de poder son constitutivas de todo orden (ya sea cognoscitivo, social, económico, etc.) ¿Cómo hacerlas inteligibles en un registro histórico?

Así como para algunos autores la "mercancía" ha sido la unidad conceptual para analizar las relaciones económicas, o la "episteme" para estudiar el proceso de conocimiento, el análisis del poder en la obra de Foucault se realiza a partir de los dispositivos tecnológico-discursivos que permiten la conformación histórica de los sujetos en una sociedad determinada. Por ello se entienden los procedimientos por los que una sociedad o una cultura piensa en un momento dado al individuo y lo reconoce como tal.

Dichos procedimientos están compuestos tanto por un arsenal técnico cuyos efectos más inmediatos se resienten sobre el cuerpo como por un conocimiento que se genera a partir de la maquinaria tecnológica y que introduce la identidad del individuo en un registro de verdad. La primera es una relación anatómico-gestual; la segunda una relación de saber,

que se funda en o conduce a una verdad, sea ésta moral, religiosa, estética o científica. Es a partir de este doble proceso que el sujeto se constituye.

Ahora bien, pareciera ser que la historización de las relaciones de poder en Foucault, se analiza a partir de las condiciones de emergencia, circulación y desaparición de un dispositivo y de los saberes que conlleva; o si se quiere, en la emergencia y coexistencia de una relación de poder-saber sobre otra y que genera un determinado tipo de individualización.

El hombre moderno ¿ciudadano con garantías o sujeto calculable y objetivable?

Pensar el poder en términos de la conformación de sujetos invierte la trama del análisis político. No es arriba sino abajo, en puntos difusos en donde la sociedad política se constituye, tanto en sus relaciones de dominio como en sus resistencias. He ahí el desplazamiento que propone Foucault: hacer una lectura política de las sociedades occidentales a partir del tipo de individualidades que han creado y administrado. [11] A partir de este desplazamiento Foucault elabora una de sus tesis más interesantes a saber, que si la modernidad occidental puede ser vista a partir de una mutación en el orden del pensamiento -lo que hizo posible un conocimiento científico-, o en la recomposición de las clases sociales y la aparición de nuevas hegemonías -la burguesa por ejemplo-, también hay que analizarla por la conformación de un nuevo tipo de individualidad. La emergencia de esta nueva individualidad no se caracterizó a su vez por el tránsito de un individuo considerado "súbdito" o "vasallo" a otro que se reconoció como "ciudadano". Al privilegiar la matriz tecnológica-discursiva a partir de la cual los sujetos se constituyen, Foucault detectó un tránsito entre una constitución "histórico-ritual" a otra "científico-disciplinaria". Desde el siglo XVIII y a lo largo del XIX, en la Europa heredera de las Luces el individuo se reconoce cada vez menos por la sangre, el status y el linaje, y más por sus aptitudes y su conformación a una norma. [12]

El hombre moderno para Foucault, no es aquel al que se concede una igualdad ante la ley, o que se le dota de derechos y obligaciones; el hombre moderno es ante todo un hombre calculable. La tesis de Foucault no deja de ser provocadora, pues ataca el tipo de racionalidad política del que la modernidad europea se ha enorgullecido tanto, a saber, que el Estado de Derecho ha sido la instancia por excelencia para administrar la libertad de los individuos, o protegerlos, si se quiere, de los excesos en el uso de las libertades de unos sobre otros. Frente a un individuo derivado de la figura del contrato, Foucault contrapone un individuo entrenado en sus aptitudes, descifrable y calculable. ¿A partir de qué instancia se constituyó este tipo de individualidad? ¿Que implicaciones ha tenido esto en la conformación de los estados modernos?

La individualidad moderna es producto de una mutación en los dispositivos tecnológicos sobre el cuerpo y la irrupción del hombre en el nuevo saber científico inaugurado por la Ilustración. Foucault analizó esta doble mutación en sus libros Vigilar y Castigar y La Voluntad de Saber. Más que realizar un análisis exhaustivo, Foucault hizo una economía del análisis al reagrupar la mutación tecnológica en lo que llamó las técnicas disciplinarias y las modificaciones en el orden discursivo en lo que denominó la "ciencia del sujeto".

El poder disciplinario ilustra bien la manera en que se entabla una "física del poder" sobre el cuerpo, necesaria a un proceso de individualización. La emergencia de una "ciencia del hombre" muestra a su vez la necesidad de fundar al sujeto en un discurso de verdad.

i) El poder disciplinario.

Si la Ilustración inventó las libertades, también inventó las disciplinas. De entrada, Foucault marca un quiebre; desde fines del siglo XVII y a lo largo del XVIII, las sociedades europeas conocieron un verdadero desbloqueo tecnológico sobre el cuerpo. La disciplina es el elemento común a estas técnicas. Foucault la concibe como una anatomía política del detalle, pues regula al cuerpo en su dimensión motora y gestual. El primer efecto de la técnica disciplinaria es hacer del cuerpo una máquina dócil y útil. Dócil porque domestica sus operaciones y su fuerza, y útil porque lo convierte en masa maleable para hacer algo. Dicho en otras palabras, la disciplina incrementa las fuerzas del cuerpo en términos económicos (porque lo hace utilizable) y las debilita en términos políticos (porque logra dominarlo). [13]

La disciplina se hace dispositivo al integrar en ella otro tipo de técnicas: la supervisión jerárquica como una manera de distribuir el espacio visual en donde se ejerce la disciplina -el "panoptismo" constituye aquí la técnica por excelencia; [14] la norma, como instancia de medida y distribución de las individualidades; el examen, técnica situada entre las dos anteriores y que resulta crucial como matriz de saber. [15]

Dotada de estas técnicas, la "máquina disciplinaria" está en disposición de generar efectos múltiples y combinados: reparte individuos, los fija y distribuye espacialmente, los clasifica, les extrae fuerza y tiempo, corrige y entrena sus cuerpos, codifica de manera constante su comportamiento, los mantiene en visibilidad continua, construye un aparato de observación, de registro y notas, y genera un saber que se acumula y centraliza. He ahí un cuadro que ilustra bien la manera en que Foucault se representa al poder. Física pura de una praxis: el poder reparte, fija, distribuye, extrae, codifica, alumbrando porque hace ver e interroga para generar saber. En el dispositivo disciplinario no hay ni intencionalidad ni propiedad, es decir, no se define por un objetivo específico (educar, o curar, etc.) ni es generado por alguien en particular. Este dispositivo es, si se quiere, una máquina que desencadena relaciones de fuerza. La segunda característica del mismo son sus efectos múltiples, difícil de resumirlos a uno de ellos. Ello explica la insistencia de Foucault en resaltar los efectos tácticos, creativos y visuales del poder, para desplazarlo de una concepción unitaria definida en términos de coerción, represión o violencia. Estos efectos no son más que un polo de la amplia gama generada por el poder.

Si la disciplina marcó un quiebre en las sociedades europeas no fue tanto por su irrupción -las técnicas disciplinarias eran conocidas en la Grecia Antigua y en los conventos medievales- sino por su generalización en el espectro social y los reencadenamientos y reforzamientos a que dio lugar. Al ser retomada por las diferentes instituciones, la técnica disciplinaria fue utilizada para generar objetivos específicos, diseñar arquitecturas visuales y desbloquear conocimientos hasta entonces inexistentes. La "física del poder" adquiere contenido y sentido con las funciones formalizadas de una institución. Así es como la disciplina en la escuela, permite educar y ejercer un efecto sobre el alumno, en el hospital permite curar al enfermo, en la fábrica hacer productivo el trabajo de los obreros, etc. La técnica disciplinaria no es privativa de ninguna institución pero puede ser utilizada por cualquiera para obtener fines diversos. Es en este sentido que la disciplina constituye un dispositivo perfectamente identificable y separable de las estrategias globales en que puede estar inmersa. La disciplina es física "pura" sobre el cuerpo. [16]

Si Foucault nos remite a la prisión, como figura en donde el poder disciplinario cobra su mayor intensidad, es porque ésta constituye una verdadera fábrica de corrección, de observación y de conocimientos cuyo resultado es la transformación técnica de los individuos.

Ahora bien, si la figura de la prisión constituye en sí una reagrupación específica del poder disciplinario, que se podría denominar "sistema carcelario", el sustento de éste, o si se

quiere, la base de dicho sistema es el dispositivo disciplinario. Parafraseando a Foucault, la prisión no es más que una caserna un poco triste, una escuela sin indulgencia, un taller sombrío, pero en el fondo, nada cualitativamente diferente. [17] Por los efectos que genera, la disciplina es un dispositivo "anatómico-político".

ii) El discurso del poder.

Concédase que el dispositivo es antes que nada una composición tecnológica cuya función inmediata es ejercer un efecto sobre el cuerpo, un efecto cualquiera sobre un cuerpo cualquiera. Relación física sin ubicación específica ni intencionalidad concebida. Que el dispositivo disciplinario es privativo de la sociedad moderna, no tanto porque la disciplina emergiera con la Ilustración, sino por la modalidad que adquirió desde entonces y por lo generalizado de su circulación. ¿Pero cómo es posible que un dispositivo constituya la base de un nuevo tipo de individualidad? ¿Por qué se le conceden poderes tan importantes?

La fuerza definitiva que adquiere un dispositivo está en su capacidad para generar discurso; discurso sujeto a su vez a una conformación histórica. Así el poder disciplinario incita a ver y a hablar, pero sobre una playa de enunciados que se constituye fuera de él. Dicha playa de enunciados está ordenada en torno a lo que Foucault llamó la "invención del Hombre". El Hombre apareció como centro de la episteme moderna cuando el pensamiento concedió un orden independiente a las cosas y fundó el carácter finito del conocimiento racional. Así, las Luces hizo de la razón un problema y fundó la posibilidad de una antropologización del conocimiento. [18]

En Las Palabras y las Cosas Foucault rastreó las condiciones internas al discurso que hicieron posible la emergencia del Hombre en el pensamiento occidental moderno. En Vigilar y Castigar y la Voluntad de Saber, Foucault hizo una búsqueda genealógica de los dispositivos que han incitado a generar y proliferar un saber del hombre. Entre los dos espacios -episteme y dispositivo- surgieron las "ciencias sociales". [19]

Es quizás esto lo que llevó a Foucault a recentrar su reflexión sobre el sujeto en torno a la "sexualidad". El sexo, desde fines del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX se constituyó en terreno privilegiado para producir verdad; una verdad en sentido doble; la verdad del sexo y mediante ello la verdad del sujeto. La "ciencia sexual" resulta un ejemplo privilegiado de estos nuevos saberes sobre el hombre que se ubican en el intersticio de una mutación en la episteme y de un cambio en la intervención tecnológica sobre el cuerpo. Así como la prisión es el espacio privilegiado en donde la sociedad moderna concentra el poder disciplinario, la sexualidad, como saber investido por la ciencia heredera de la Ilustración, constituye el terreno por excelencia para analizar la producción histórica de la verdad.

Si La Voluntad de Saber se anunció en sus orígenes como un proyecto de seis volúmenes, es por que en él Foucault se proponía desmontar, pieza por pieza, la gran maquinaria que se construyó para generar la verdad del hombre moderno a través del sexo. Una gran empresa que se pensaba realizar por el análisis de los componentes y detalles.

A guisa de ejemplo se puede mencionar el papel que Foucault le asignó al examen al interior de esta maquinaria científico-disciplinaria. El examen emergió como la investidura científica de una técnica heredada de la pastoral cristiana: la confesión. Al ubicarse en el intersticio del poder y las relaciones de saber, el examen manifiesta "el sometimiento de aquéllos que son percibidos como objetos y la objetivación de aquéllos que son sometidos". [20] El examen introduce además al que se examina a un campo de

documentación; permite ver, hace hablar y codifica al individuo en el registro de lo escrito. Hace del sujeto un caso y por lo tanto realiza una operación de formalización de la individualidad. Por medio del examen la individualidad se hace documento para una utilización posible. [21]

Pero no solo esto, el examen es la matriz de un tipo de formación de saber. Dichos saberes pueden ser polimorfos, atravesar o no un umbral de "cientificidad", pero sus reglas de formación permanecen ligadas al mismo dispositivo. A este tipo de formación corresponden las "ciencias del hombre", y dentro de ellas, la "sexualidad" ha ocupado un lugar privilegiado. Un ejemplo de la manera en que se genera este saber lo ilustró Foucault al enumerar las funciones del examen en el campo de la sexualidad: codifica clínicamente la confesión del sujeto: pregunta todo e incita a decirlo todo, por ser el sexo la fuente de una causalidad general y difusa; desentraña la verdad "oscura" del que se confiesa, debido a una naturaleza "esquiva" de la sexualidad; hace de la verdad un trabajo de interpretación en donde el que escucha hace una labor de desciframiento y es "maestro" de la verdad, a pesar de que ella provenga del sujeto que se confiesa; y permite la medicalización de los resultados de la confesión. [22] He aquí la manera de cómo una técnica disciplinaria se convierte en generadora de verdad. En esta relación de poder-saber, la confesión es signo y la sexualidad algo a interpretar.

La "ciencia de la sexualidad" surgió como producto de lo que Foucault llamó "dispositivo de sexualidad". Este dispositivo no ha tenido como efecto la represión del sexo ni su sumisión a una ley que le sea inmanente; por el contrario, el dispositivo de sexualidad ha incitado a hablar indefinidamente sobre el sexo y creado sexualidades múltiples y polimorfos. [23]

El nuevo saber que se le arrancó al sexo fue utilizado en sus orígenes para autoafirmar el cuerpo de una clase; la burguesa. Mediante la interrogación y medicalización del sexo la burguesía se erigió como un cuerpo viviente, preocupada y ocupada en velar por su descendencia y la salud de su organismo. Pero la burguesía erigió también al cuerpo humano como especie, interrogándose por la expansión de sus fuerzas, por el vigor y la probabilidad de su vida. En esta perspectiva, la burguesía hizo del dispositivo de sexualidad una llave de acceso a la regulación de la vida humana. Es por ello que Foucault lo consideró como un dispositivo "bio-político".

El dispositivo disciplinario -anatómico-político- y el de sexualidad -biopolítico-, al complementarse y penetrarse mutuamente, han conformado una maquinaria que Foucault denominó "bio-poder". Dicha herramienta permite ejercer un efecto sobre el cuerpo pero también sobre un conglomerado, es decir, sobre una población. Encierra pues una táctica individualizante a la par que una global.

El biopoder y los saberes que conlleva han creado nuevas realidades individuales. La prisión engendró al delincuente y la sexualidad al perverso. Ello es así porque la objetivación de los sujetos no sólo se da desde afuera, desde el poder, sino porque se constituyen a partir de su desviación de la norma. En el caso de la sexualidad esto resulta claro, pues a pesar de que la "ciencia" interrogó infatigablemente al sexo para instaurarlo como dominio de verdad, no se desprendió del modelo conyugal como forma regular y normal de sexualidad. [24] Consecuencia doble, la objetivación del sujeto no sólo corresponde a una gran escisión entre lo normal y patológico, sino a escisiones múltiples que han generado a su interior verdaderas especies: perversidades y delincuencias polimorfos. Esto permite una objetivación constante y al infinito del individuo así como de las poblaciones.

Es así como la emergencia de una maquinaria anatómico-biopolítica marcó el tránsito de una individualidad a otra. El individuo que surge de esta nueva "política discursiva" es un hombre objetivable y utilizable. En la base de ello se sientan las condiciones para una "ciencia del sujeto", figura que rige al espectro de las ciencias sociales. El biopoder y la ciencia del sujeto no sólo han generado por consiguiente un efecto específico sobre el cuerpo, sino que también han construido el "alma" del hombre moderno. Lo han dotado de una identidad que lo escinde, lo han constituido como sujeto al hacerlo blanco del saber y atado a una identidad que se le escapa. Desde la claustración, en las sociedades europeas se instauró una nueva tecnología de poder que, al inaugurar una práctica discursiva, hizo de los individuos "sujetos" en un sentido doble: sujetos a un dispositivo de poder externo y sujetos a la identidad que se les ha asignado. [25]

### iii) El sujeto y su gobernabilidad.

No hay que pensar que el poder disciplinario domestica y petrifica de una vez por todas al individuo. El poder genera antes que nada una resistencia. Es en la capacidad de reducir y controlar esta resistencia, de desplazarla hacia otro terreno en que se trama una relación de dominio. Esto hizo que Foucault concibiera en sus últimos escritos a las relaciones de poder como luchas "agonísticas"; es decir, de captura y resistencia constantes, siempre dinámicas, dispuestas a dominar la una sobre la otra. Así, el poder entre los individuos, es una relación de fuerzas, antes que la renuncia o la confrontación abierta.

En este tipo de relación, la lucha del otro es el límite al primero. Cuando los mecanismos de enfrentamiento se estabilizan, la relación de fuerza se ha suprimido y se puede hablar de un dominio o triunfo de una estrategia sobre otra. Por el contrario, toda relación de fuerza tiende a derivar en un escenario de confrontación, en donde la violencia no está excluida.

La construcción de la individualidad no es por consiguiente un ejercicio unilateral de un grupo sobre otro. No es algo tampoco que se obtenga por decreto. Se puede enunciar a los individuos de alguna manera -por ejemplo iguales ante la ley o dotados de derechos y obligaciones-, pero esto no necesariamente constituye el signo a partir del cual dobleguen sus fuerzas y rijan sus comportamientos.

La construcción de los sujetos está ligada antes que nada a un arte de la dirección. Dirección en un sentido doble. La del propio individuo, al moverse en un campo de posibilidades de donde puede elegir una conducta, y la dirección de los individuos, al abrir, cerrar o desplazar los campos en donde una persona puede desarrollar sus opciones. Esto constituye lo que en sus últimos escritos Foucault llamó "la gobernabilidad" de sí y de los demás.

La gobernabilidad está definida más por un conjunto de técnicas para dirigir las conductas de los individuos que para reprimirlas o imponerlas. La gobernabilidad es un arte calculador, y no una simple manipulación e imposición. La figura de la gobernabilidad complementa aquélla del dispositivo; es como si esta última fuera los medios del poder y aquélla los objetivos.

La categoría de gobernabilidad remite además a un ejercicio del poder entre hombres libres. Por ello se entiende a sujetos que están enfrentados, ante el poder, a un campo de posibilidad, en donde varios comportamientos y reacciones se pueden manifestar. [26]

Es así como una institución, al reapropiarse las técnicas disciplinarias para fines específicos tiende a desarrollar más un arte de la dirección de conductas que una

estrategia de opresión y encierro. Es de esta manera que se desarrollan técnicas para dirigir alumnos en las escuelas, enfermos en el hospital, obreros en la fábrica, sicópatas en la clínica, etc. Estas técnicas de "gobierno" se caracterizan no por la sanción y la represión, sino por un conjunto de acciones para conducir o guiar un comportamiento y resultados posibles. El poder tiene como fin gobernar; gobernar antes que nada a un nivel local y a un conjunto de individuos; gobernarlos es guiar la posibilidad de su conducta y ordenar su posible resultado. [27]

¿Pero qué relación existe entre los dispositivos, el cuerpo, la ciencia y la gobernabilidad del sujeto y la conformación de las maquinarias institucionales? ¿Qué tipo de encadenamiento hay entre la esfera microfísica del poder y las estrategias globales armadas por el Estado?

La microfísica del poder: el Estado.

Si la modernidad europea introduce los derechos individuales, la igualdad ante la ley y sienta las bases de un Estado de Derecho, es por el cuestionamiento al que se someten durante la Ilustración los derechos soberanos del Rey. La crítica no se hace en contra del poder soberano, sino de la naturaleza y los límites del mismo. Desde la Edad Media, según Foucault, el ejercicio del poder en las sociedades occidentales se representa a través de la ley. Es en la figura de la soberanía en que los príncipes y monarcas medievales reconcentraron su poderío y heredaron la facultad divina para castigar y matar a sus súbditos. Desde la Ilustración, no obstante, la reflexión política en torno a la soberanía se desplazó hacia la extralegalidad y el abuso de poder del soberano. La crítica se hizo con base en la figura del contrato, figura que contrapuso a los excesos del rey un derecho puro y fundamental a respetar. A partir de entonces la ley es considerada como un límite trazado a la libertad y cuyo ejercicio se manifiesta en términos de transgresión y castigo.

Enunciar el poder en esos términos remite antes que nada a una instancia nuclear o centralizada de donde el poder emana; esta instancia es la del legislador, agrupado en la figura del rey, del monarca, o de una figura colectiva: el Estado. A nivel micro es integrarla en la figura del padre o del maestro. En todos los casos, gobernar es legislar.

Por otro lado, la manera en que este "poder-ley" se integra comporta una serie de encadenamientos: se ejerce de una manera negativa, pues la ley frena, limita, prohíbe o reprime; priva al infractor de su libertad. Su ejercicio se da en el binomio de lo lícito y lo ilícito, lo permitido y lo prohibido. El poder funciona pronunciando a la ley y a su vez ésta le da inteligibilidad al primero. La efectividad del poder radica en la creación de un sujeto obediente. He ahí los polos entre los que este poder se ejerce; por un lado la amenaza y la represión, por el otro el consenso.

Paralelo a la irrupción de las libertades individuales, la Ilustración trajo consigo el desbloqueo de las disciplinas y nuevos Saberes sobre el hombre. El biopoder generó, como se ha dicho, nuevos sujetos. Ante la igualdad de los ciudadanos frente a la ley, el biopoder multiplicó y diferenció las individualidades; frente a la amenaza y la represión, el biopoder produjo, alumbró e incitó; frente al castigo impuso la norma, el poder de la corrección; y frente al sujeto obediente empalmó un sujeto calculable y utilizable. [28]

En cada punto el "poder ley" se contrapone al biopoder y sin embargo ambos han coexistido en la constitución de los estados modernos. Ello es así según Foucault, porque el poder del soberano, o la soberanía del pueblo "representada" en sus tres poderes sigue siendo la forma en que las sociedades modernas enuncian el poder. Por el contrario, el biopoder constituye de más en más el mecanismo por el cual el poder se ejerce. Entre

uno y otro hay capturas y penetraciones recíprocas, pero son irreductibles el uno al otro. Las "formas jurídicas" para Foucault, están en el terreno del enunciado, por lo tanto sujetas a la complejidad de una "política discursiva". El discurso de la soberanía surgió paralelo a los dispositivos que lo hicieron posible y anteriores a la emergencia del biopoder. El hecho es que el pensamiento político moderno, a pesar de Maquiavelo (que pensó el poder sin la ley pero centrándolo en el rey) siguió reflexionando el poder y su ejercicio a través de una práctica jurídica.

La prisión constituye la institución por excelencia en donde técnicas disciplinarias y prácticas jurídicas se entrelazan. Antes que la ley la instituyera como instrumento privilegiado de castigo, el aparato carcelario ya se había construido fuera de la ley. La máquina carcelaria se había forjado, en las prácticas disciplinarias desarrolladas en la escuela, el taller, el ejército, el hospital. Estas habían sido investidas de un discurso humanista y habían generado o reforzado el discurso de los pedagogos, médicos y psiquiatras. El sujeto de la ley es el infractor; su objetivo es la detención, la pérdida de libertad. El sujeto de la prisión es el delincuente, su objetivo es corregir, modelar, moldear, atarlo a una identidad. En su génesis, la prisión se ubica en el punto de cruce de formas y prácticas diferentes las unas de las otras. Lo que no impide que al entrelazarse se reactiven mutuamente. Fue así como el derecho quedó investido de más en más por las técnicas disciplinarias y de los saberes médicos y psiquiátricos. Como ejemplo de ello estaría la criminología. A su vez, la prisión al generar la delincuencia, como toda su patología de la conducta social, reactivó los mecanismos de encuesta y vigilancia sobre el cuerpo social. Así la generación de una red de supervisión social se fundó con el fin de reagrupar e intervenir las delincuencias y sus agentes potenciales. La delincuencia como producto institucional -en la escuela, hospital, fábrica, etc.- no se definió por la falta, sino por la desviación de la norma. Cazar las anomalías, recuperarlas en un registro de corrección más que infraccionarlas, ha sido el objetivo de la puesta en marcha de una red de vigilancia social.

El estado napoleónico sería quizás el buen ejemplo de cómo las técnicas disciplinarias conocían un ascenso incontenible al mismo tiempo que se instauraba un Estado de Derecho. Mientras la sociedad francesa entraba a los nuevos códigos, el poder del imperio se fincaba en la erección de grandes ejércitos, en el afianzamiento de academias y escuelas, en el trabajo febril de los talleres; el poder del nuevo estado no se fincó en el contrato, sino en la reagrupación de individuos entrenados y ajustados para emprender tareas útiles al poder.

Paralelo a ex proceso, una serie de accidentes y fenómenos múltiples hicieron que la sociedad burguesa reconociera el cuerpo y el sexo del resto de la sociedad. Fueron necesarios conflictos de orden habitacional -generados por el hacinamiento, las epidemias y la insalubridad; urgencias de orden económico- como el desarrollo de una industria pesada y la necesidad de regular el flujo demográfico y poblacional; y la generalización de la vigilancia del sexo en espacios variados y diferenciados -como la escuela, el hogar, etc.-, para que el Estado se ocupara de la reproducción y la salud del cuerpo social. Si a nivel microfísico el biopoder genera sus efectos sobre el cuerpo y el individuo, a nivel de las estrategias globales sus efectos alcanzan a toda una población.

No hay que pensar, pues, que los dispositivos anatómico-biopolíticos se entrelazaron en estrategias colectivas de manera mecánico-causal. No es que el Estado se haya preocupado en un momento dado por lo que los médicos decían sobre la sexualidad infantil, o la manera en que se observaba a la mujer histérica en el hospital. Fue mediante la multiplicación de los saberes que generaron estos dispositivos, reactivados a su vez por instancias jurídicas, pedagógicas, militares y por necesidades económicas y de salud, que el Estado se apropió progresivamente del biopoder. Ejemplo de ello lo constituye la

demografía, como un saber que permite contabilizar, distribuir, diferenciar el movimiento de las poblaciones. Técnicas de este tipo son útiles para un Estado que quiere detectar la calidad de sus habitantes, saber el vigor con que cuentan (población joven o vieja), el capital cultural que detentan (grado de alfabetización; de escolarización, de especialización etc.), la salud y la esperanza de vida de que disponen, etc. La intervención de las políticas públicas se dan sobre el movimiento de una población conformada por cuerpos útiles, vivientes y objetivables.

Ahora bien, la tesis de Foucault pareciera ser que el poder de los estados modernos se ha acrecentado hasta conocer un campo de dominio y una efectividad -nunca conocidos con anterioridad, se explica no tanto por la capacidad de "consenso" que ha podido generar en el espectro social, ni por la expansión de la esfera pública sobre la privada, ni por el debilitamiento de una supuesta "sociedad-civil". Si el poder de los estados modernos ha llegado a ser tan omnipresente, -individualizante a la vez que globalizante según palabras de Foucault- se debe a la constante reapropiación que han hecho de las técnicas de gobernabilidad diseminadas en la sociedad. Es así como las instancias locales se refuerzan y se apoyan, aunque sin confundirse, con las estrategias globales armadas por el Estado. Al igual que en la prisión, cuando el Estado accede a legislar sobre políticas urbanas, de salubridad, de control demográfico, de educación técnica y científica, etc., el soporte de dichas políticas se ha gestado ya fuera de él. Es en este sentido que el Estado en sí no existe, sino más bien una estatización constante de los dispositivos de gobernabilidad diseminados a lo largo y ancho de la sociedad. Es en este sentido también que el Estado no constituye la única forma en que el poder se ejerce, pero sí en que las relaciones de poder se sintetizan. El Estado-ley, o el Estado de Derecho es la figura bajo la cual las sociedades modernas siguen representando la multiplicidad de poderes y saberes que posibilitan el dominio de una clase sobre otra, de un grupo sobre otro, de una etnia sobre otra, etc.

Aunque el Estado de Derecho sea la síntesis bajo la cual el Estado enuncia su poder; el campo de su intervención no son las libertades individuales. El Estado moderno ejerce su poder sobre la vida del cuerpo social; es instancia de administración sobre la vida individual y global de sus ciudadanos. Aquí radica otra de las tesis interesantes de Foucault, al aseverar que la biología humana o los fenómenos propios de la vida del hombre atraviesan el umbral de modernidad al ser incorporadas como un asunto de la administración pública. A partir de entonces, el Estado, como instancia nuclear, abandona la espada para no gobernar más la muerte de los hombres, sino aumentar y proteger la vida de los ciudadanos. Es en torno a una gestión calculadora de la vida, -según Foucault- que el poder en las sociedades modernas despliega su fuerza. Es con base en este registro y echando mano de las técnicas de observación social y económica, que el Estado interviene los problemas de natalidad, longevidad, salud pública, vivienda, migración, etc.

Y es en nombre de la supervivencia de una raza, un pueblo, una especie, que el Estado contabiliza y clasifica a su población para prepararla a la defensa y conducirla a la guerra. En aras de su vida, el Estado sacrifica la propia de sus ciudadanos y amenaza la de otros pueblos. [29]

Si la modernidad se inicia con la Ilustración, es porque a partir de ella se dan una serie de mutaciones en la vida de las sociedades europeas. Cambios en el orden del pensamiento, en donde la "invención del Hombre" resulta crucial; cambios en la manera de enunciar el poder, al concebirlo como una forma de administrar las libertades ciudadanas. La modernidad también puede ser vista por el ascenso y consolidación de una clase, por el desarrollo del capitalismo y la modificación en las relaciones de producción. Pero la modernidad según Foucault, es algo más que la acumulación de capital y la emergencia

de nuevas clases. El biopoder y la emergencia de un hombre calculable y objetivable es constitutivo de ella. Las técnicas y saberes que construyen sujetos e intervienen la vida humana están en la base del poder estatal. Es mediante ellos que se acumularon y movilizaron hombres tanto para la guerra como para responder a las exigencias industriales. Es con base en ellos que se generaron nuevos saberes que reactivaron a su vez otros poderes. No que la emergencia del biopoder sea la matriz de la modernidad, pues ella es el producto de mutaciones de diferente tipo. Pero al enfocar el análisis en torno a los mecanismos de conformación de los sujetos, Foucault ofrece una nueva lectura de la era que se inicia con las Luces y de la que las sociedades occidentales aún no salen. Esta era del Hombre no es analizada desde los grandes quiebres que se manifiestan en las alturas, sino a partir de las bases que han hecho posible dichos quiebres. Una de ellas ha sido el biopoder, sustento a partir del cual se funda la gobernabilidad de los sujetos en los estados herederos de la modernidad.

Ahora bien, si el ejercicio de un poder disciplinario se sigue representado a través de las formas jurídicas de la soberanía, es justamente porque ello permite su propia aceptación. El bio-poder no sería aceptado, argumenta Foucault, si fuera enteramente cínico; es tolerable en la medida que logra encubrir parte de lo que lo constituye. El "poder ley" es por consiguiente una máscara que incita a ver hacia arriba; es decir, que alumbró los palacios y las cortes, los senados y parlamentos, los códigos y las instituciones por considerarlas instancias en donde el poder se concentra. Al mismo tiempo, este tipo de representación ha hecho que las resistencias que el biopoder genera se codifiquen bajo el registro jurídico. Es decir que los conflictos se entablan en contra de una autoridad (ya sea en la forma del padre, el maestro o las instituciones que conforman el Estado).

Sin embargo, la modernidad inauguró un poder disciplinario, un poder sobre la vida humana, y una nueva técnica de conformación de sujetos cuyo ejercicio no se puede reducir a la pareja de lo lícito y lo ilícito. Es un poder que tiende a multiplicar fuerzas, a hacerlas crecer, a ordenarlas y combinarlas, más que a reprimirlas. Es un poder que contabiliza y distribuye a los individuos. Desde hace tiempo, dicho poder ha generado también sus resistencias, pero que al estar mediatizadas por un discurso jurídico no habían sido capaces de constituirse en un discurso autónomo, es decir fuera del rey y de la ley. Tanto Vigilar y Castigar como La Voluntad de Saber tienen la intención de construir la representación de ese poder extrajurídico. Por consiguiente, el discurso de Foucault incita a desplazar la mirada y alumbró con el enunciado lo que un régimen de visualidad ya iluminaba desde hace tiempo, a saber, no el origen o la naturaleza del poder, sino la mecánica de su ejercicio y el blanco de sus efectos. Al respecto, la medalla conmemorativa de Luis XIV que muestra su primera revista militar en 1666, es bastante ilustrativa de cómo esta nueva mecánica del poder había sido retomada en un registro visual. En la medalla, la figura del rey se desvanece para mostrar a aquéllos sobre los que dirige su mirada: un conjunto de cuerpos perfectamente controlados en la concentración y combinación de sus fuerzas y que, a la orden indicada, desprenderán y multiplicarán su energía para destruir cuerpos. [30] La práctica del examen resulta también ilustrativa de este nuevo campo de visibilidad del poder, pues mediante aquél, el ritual de la palabra y de la mirada alumbró a aquéllos que se interviene.

Desde esta perspectiva, el discurso de Foucault refuerza con el enunciado esta playa de visualidad en donde el ejercicio del poder se manifiesta.

Es un discurso que desarma al derecho y la espada al abrir una nueva inteligibilidad en el campo del pensamiento político. Dicha inteligibilidad no es jurídica, sino tecnológica. Y así como el discurso de la soberanía se constituyó en una forma de dominio, la "análisis del poder" propuesta por Foucault pretende erigirse en discurso de resistencia. Con ello no se quiere decir que Foucault inicie un quiebre en una supuesta historia del pensamiento

político. Su discurso se incorpora más bien a toda una masa de saberes críticos que desde hace tiempo han reflexionado el poder en la exterioridad de las instituciones y los códigos. Queda por saber si esta masa discursiva está inaugurando un pensamiento político moderno o si, por el contrario, sus argumentos han encontrado sustento en un punto fuera de la modernidad.

¿Cómo pensar a Foucault desde México?

El pensamiento de Foucault se despliega en un tiempo y un espacio delimitados a partir de lo que se podía llamar "su" actualidad, entendiendo por ello la arquitectura discursiva y visual a la que como escritor se vio enfrentado. [31] Foucault no intentó descifrar los procesos universales; fue ante todo un pensador del detalle y de su propia circunstancia. Si su análisis lo centró en torno a la constitución de los sujetos en la cultura occidental, para de ahí derivar un diagnóstico de los estados modernos, fue a raíz de los "eventos" que; marcaron su existencia. Foucault perteneció a una generación de intelectuales europeos que les correspondió experimentar la desilusión de la "logofilia" occidental. Hitler por un lado y Stalin por otro, fueron ejemplo claros de los "monstruos" engendrados por la tecnificación y racionalización de la política. El "humanismo" mostraba su reverso, y con ello deslegitimaba la misión civilizadora que desde hace siglos Occidente se había otorgado.

Si no había la posibilidad de fundar una esencia humana en el hombre y mucho menos una esencia de la razón, las grandes luchas, los grandes combates perdieron sentido para estos intelectuales. Así, Foucault desplazó su mirada hacia las revueltas minúsculas, periféricas, apenas capaces de generar un reto global al poder estatal. Dichas revueltas conformaban lo que los sociólogos han llamado la "revolución silenciosa" de los setenta, cuyo objetivo ha sido revertir un patrón de representación cultural más que reivindicar; demandas económicas globales. En esta revuelta la mujer ha buscado darse un nuevo espacio y una nueva imagen frente al mundo masculino, la juventud frente a los adultos, los hijos frente a los padres, las minorías sexuales frente a la sexualidad regular, etc. Foucault vio en esas luchas minúsculas y cotidianas la conformación de nuevas resistencias. Resistencias que no se dirigen contra el Estado, una autoridad particular o una institución especial. Foucault vio en ellas el rechazo a un proceso de subjetivización mediante el cual se asignaba a los individuos un espacio y una identidad en el espectro social. Es a partir de esta constatación que Foucault se interrogó por las condiciones que habían hecho posible la construcción de las individualidades modernas y los efectos de poder que de ellas se han derivado.

El pensamiento de Foucault y la "actualidad" que lo hizo posible se ubican en un contexto diferente al mexicano. No obstante es una reflexión cuyo contenido polémico puede resultar atractivo para la circunstancia local. Ello es así porque la reflexión política en México se encuentra prácticamente paralizada, debido en parte al desgaste sufrido por el discurso universitario heredado de los setenta.

En el decenio pasado analizar el poder para los universitarios fue hacer una radiografía del Estado mexicano. Se le dotó de una naturaleza, al hacer de la revolución mexicana una revolución burguesa. Se contemplaron sus límites, al hacer de los obreros los portadores de una nueva conciencia capaz de poner en crisis al sistema. Se detectaron y desmontaron los mecanismos de su poderío: el proceso corporativo, el PRI y sus prácticas clientelistas, la famosa institución presidencial, la captación de los grupos opositores, el control de la información y la manipulación del voto electoral. Y a ese Estado, burgués, generador de una "falsa conciencia", también se le dijo autoritario e incapaz de promover una "democracia". El discurso construyó a su vez el ámbito en que ese Estado estaba obligado a moverse: el de la necesidad económica, que se sintetizó

bajo la fórmula mágica de la crisis y el agotamiento de un "modelo de acumulación"; y el de las alianzas de clase que se formalizó bajo la figura del bloque hegemónico vs. el bloque de los dominados. Esto hacía pensar que el Estado se movería de un pluralismo limitado hacia un autoritarismo intransigente, dependiendo del "avance" de las luchas de los dominados y del margen de autonomía que contarán las fracciones "populistas" de la clase gobernante.

A medida que el discurso circulaba, se repetía y se reforzaba con textos escritos en otros momentos y circunstancias, el Estado, a su vez, se apropió del discurso de los universitarios para construir su propia crítica y tallarse una nueva imagen. Así, el Estado se "democratizaba", dialogaba, impulsaba la circulación de los discursos "críticos" y prometía devolver al congreso su papel de contención del poder presidencial. A medida que las universidades introducían nuevas imágenes y que a través, de ellas se gesticulaba, se convocaba y agrupaba a masas de estudiantes para alistarlas en la "nueva lucha"; el Estado abrió las calles y cedió espacios para que las mantas desfilaran; abrió incluso espacios para la masa no clasificada, en ellos lanzó a gimnastas, atletas, futbolistas, rockeros, rancheros y hasta imágenes santas. Y a medida que la Universidad esperaba la crisis del sistema -la definitiva-, el Estado creaba nuevas universidades, nuevos institutos, impulsaba y apoyaba las nuevas ciencias y financiaba la creación -en el extranjero- de una tecno-intelocracia.

Así, la insistencia monótona del discurso, la obstinación de hacer ver lo que se dice (o se dijo) que es, y la tentación por experimentar lo que tanto se atacaba y se creyó conocer, hicieron de la voz universitaria una palabra hueca.

## TEXTO

Ahora que el somnífero de la revolución y la lucha de clases ha perdido sus efectos, de pronto, los intelectuales se dan cuenta que el Estado ha sabido redefinir los símbolos nacionales, que se ha reapropiado de una cultura popular y que sigue siendo el único capaz junto con el Papa -de convocar a las grandes movilizaciones. Que el PRI no se ha desmembrado en dos partidos y que por el contrario se ha robado banderas y reivindicaciones otrora de la oposición. Que el Estado se ha apoderado de tele-imágenes, ha penetrado los gustos juveniles, ha salido de y entrado en bancarrotas, y ha sabido administrar a las poblaciones flotantes e irregulares. Es como si asistiéramos a una verdadera eclosión de los poderes del Estado, a pesar de que la crisis económica lo haya restringido en sus disponibilidades financieras. Aún mas, el Estado sigue siendo el único -pese a todo- que abandera un futuro para el conjunto de la sociedad mexicana.

Frente a estos eventos, el discurso de los intelectuales se ha quedado rezagado; asistimos a una verdadera crisis de la "estadología" generada por la inteligencia mexicana; aún más, la voz universitaria se ha vuelto caja de resonancia de la voz del poder: si hay que modernizar, hay que reflexionar sobre la modernización; si hay que descentralizar, hay que debatir la descentralización, si hay que democratizar, hay que pensar la democracia, si hay que votar, hay que analizar la participación electoral.

Es de este vacío que surge la necesidad de pensar de otra manera el poder en México. Es en esta perspectiva que se pueden utilizar algunas de las líneas críticas formuladas por Foucault para las sociedades europeas. Con esto no se propone "aclimatar" el pensamiento europeo, tradición fundada por los positivistas porfirianos y retomada en nuestra actualidad por los "modernizadores". Se propone utilizar el pensamiento europeo para abrir nuevas pistas y formulaciones críticas que den un nuevo significado a lo que en México se considera hoy un problema. He aquí algunas posibilidades:

- Habría que abandonar esta "estadofilia" que parece imperar en los análisis políticos mexicanos. Más que preguntarse por la supuesta naturaleza del Estado o de los modelos y sistemas a los que asemeja, habría que interrogarse por la multiplicidad de políticas que pone en marcha para obtener sus metas diferentes. Se podría realizar el análisis del poder público a través, por ejemplo, de la política educativa, de las medidas y campañas de salud pública (IMSS y el control poblacional), de la participación en los medios de telecomunicación, de la conformación de élites intelectuales, tecnócratas y científicas, etc. Ver el poder más que en su petrificación institucional, en su ejercicio.

- Si el ámbito de las políticas públicas se ha ampliado durante lo que se podría llamar la "paz del PRI", habría que preguntarse por los mecanismos que lo han hecho posible más que por las instituciones a las que ha dado lugar. Las universidades, por ejemplo, constituyen monumentos que indican que la educación superior se ha extendido por el país, ¿pero qué tipo de conocimientos y saberes han hecho circular? ¿de qué manera éstos han incidido en la conformación de las "élites políticas"? Un estudio sobre la enseñanza de la economía en diversas instituciones del país y sus repercusiones en las Secretarías de Hacienda y Programación y Presupuesto podría resultar bastante sugestivo.

Si el poder del Estado hay que verlo por sus componentes y en su especificidad, urge profundizar la reflexión sobre el discurso político. ¿Qué se debe o puede entender cuando un político habla? En México estamos acostumbrados a no creer lo que el discurso oficial dice, y sin embargo, es un discurso que transmite significados, que habla. El discurso político es un lenguaje a interpretar. ¿A qué tipo de reglas está sometido? ¿Cómo se regula su circulación? ¿Qué componentes extradiscursivos intervienen que lo hacen inteligible?

La sociedad mexicana no está menos ritualizada que el resto de las sociedades; es una sociedad a su vez cargada de imágenes, gestos y cajas sonoras. La reflexión política tiene que aprehender, en el enunciado, el registro de lo audiovisual. Si el poder público tiene capacidad de convocatoria, más que ningún otro, es por su capacidad de movilizar con el ritual de la palabra y la fuerza de la imagen. ¿Qué sentido tiene, por ejemplo, una campaña presidencial del PRI, cuando se sabe que su objetivo no es la búsqueda de votos? Una reflexión de este tipo nos llevaría probablemente a concluir que en México el poder se manifiesta más por la escenificación de un espectáculo que por la conformación de individuos disciplinados y objetivados por una red de vigilancia.

La propuesta en suma, no es hacer una "Historia de la locura" en México para rastrear la posible incrustación de los dispositivos disciplinarios y biopolíticos en la sociedad mexicana. Tampoco se trata de sugerir una reflexión sobre la manera en que los mexicanos se hacen "sujetos", aunque la posibilidad de este tipo de reflexión sea posible. La lectura de Foucault nos incita antes que nada a enunciar y ver de otra manera, a desprendernos de los registros en los que hasta ahora hemos reflexionado los "problemas" del país. Nos invita, ante todo, a pensar el poder en su manifestación "microfísica", es decir, ahí donde su ejercicio es minúsculo y sus efectos capilares, pero por ello mismo, constitutivos del tejido social.

CITAS:

[1] Véase, Foucault, M., *L'archéologie du savoir*, París, Gallimard, 1969, especialmente la sección "Las regularidades discursivas", pp. 29-101.

[2] Deleuze, Gilles, Foucault, París, les éditions de Minuit, 1986, pp. 59-75.

[3] A lo largo de la obra de Foucault se encuentra siempre este juego entre la palabra y la mirada, tanto que en ocasiones su discurso se convierte en un verdadero paisaje. Como ejemplo de esta relación constante entre lo que se dice y se ve y viceversa, véanse las páginas célebres en donde Foucault describe el espacio visual que encierra "Las Meninas" de Velázquez Foucault, M., *Les mots et les choses. Une archéologie des sciences humaines*, París, Gallimard, 1966, pp. 19-31.

[4] Para una mayor explicación de esta ubicación abstracta del poder en la obra de Foucault, véase, Deleuze, Gilles, op. cit. pp. 77-99.

[5] Véase Foucault, M., "The subject and Power"? en Dreyfus, Hubert y Robinow, Paul, Michel Foucault. *beyond structuralism and hermeneutics*, The University of Chicago Press, 1983 (2a ed.) p. 220.

[6] Deleuze, G., op. cit., p. 81.

[7] Ibid., p. 125.

[8] Véase la introducción a su libro *L'Usage des plaisirs*, París, Gallimard, 1984, pp-9-39.

[9] Foucault profundiza muy bien esta distinción entre los dispositivos microfísicos y la conformación de los estados modernos en *Surveiller et Punir, Naissance de la prison*, París, Gallimard, 1969, véase especialmente pp. 211-229.

[10] Véase Foucault, M., *La Volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976, p. 117.

[11] En sus últimos escritos, Foucault subrayaría que el poder no era el tema central de sus reflexiones, sino la manera en que los sujetos se constituían como tales en la cultura occidental... Véase especialmente, Foucault, M., "The subject and..." pp. 208-209. El estudio de los procesos de subjetivización y su relación con el poder y la verdad se desarrollaron plenamente en sus dos últimos libros: *L'Usage des Plaisirs* y *Le souci de Soi*, París, Gallimard, 1984.

[12] Foucault, M., *Surveiller et Punir...* p. 195.

[13] Ibid., p.140.

[14] En efecto, el "panóptico" de Bentham (una torre central de donde se pueden observar varios compartimentos separados unos de otros y distribuidos en círculo) constituye parte del dispositivo disciplinario en tanto que asegura la vigilancia jerarquizada. La torre del centro ve, pero los espacios celulares a donde se dirige la mirada sólo pueden ser observados. Dichos compartimentos, ni pueden ver a los lados, ni pueden distinguir si en el espacio visual constituido por la torre central hay alguien que observa. El panóptico efectúa una vigilancia permanente. Ejerce una relación de poder independientemente de quien lo utilice; es un poder visible e inverificable, pues desde la torre central se ve todo sin ser visto y en los compartimentos se es totalmente visto sin nunca ver. El panóptico es la forma arquitectural de la vigilancia y al permear las escuelas, hospitales, casernas, talleres tuvo la función general de imponer tareas Ibid., pp. 197-229.

[15] Ibid., p. 187.

[16] Véase Deleuze, G., op. cit., p. 79.

[17] Foucault, M., *Surveiller ...* p. 235.

[18] Foucault explica ampliamente esto en *Les mots et les choses* ... pp. 314-354.

[19] *Ibid* pp. 355-398 y *Surveiller...* p. 195.

[20] Foucault, M., *Surveiller...* p. 187.

[21] *Ibid*. p. 193.

[22] Foucault, M., *La volonté...*, pp. 89-90.

[23] *Ibid.*, pp. 57-67.

[24] Foucault es muy explícito al resaltar que el dispositivo de sexualidad se superpuso al "dispositivo de alianza", vigente durante la sociedad feudal. Dicho dispositivo es muy diferente al primero, pues se construyó a partir de la regla entre lo permitido y lo prohibido y ha tenido como objetivo mantener la unión entre la pareja con status definido. *Ibid.*, 140-143.

[25] Foucault habla de un proceso de "assujettissement" para ilustrar la conformación de los sujetos modernos. Esto equivaldría a decir que las técnicas de individualización biopolíticas efectúan un proceso de "sujeción" de los sujetos. Esta "sujeción del sujeto" es en suma, el resultado de un poder que categoriza al individuo, le marca su individualidad, lo ata a su propia identidad y le impone una verdad que debe reconocer y que los otros deben reconocer en él. Véase *La Volonté...*, p. 81 y "The Subject and..." pp. 212-213.

[26] Foucault, M., "the subject...", p. 221.

[27] *Ibid.*, p. 221.

[28] Foucault, M., *La Volonté...*, pp. 109-119 y 172-211.

[29] *Ibid*, pp. 172-211.

[30] Foucault, M., *Surveiller et...*, pp. 189-190.

[31] La reflexión de Foucault se desarrolla a partir de lo que él llamó una "ontología del presente", es decir que sus análisis no pretendieran ser universales ni trascendentes ya que lo que pensó, combatió y vivió fue lo que el campo de experiencias en el que estuvo inmerso lo permitió reflexionar, enfrentar o vivir. Esta posición quedó ampliamente desarrollada; en un comentario al texto de Kant *¿Qué son las luces?* y que apareció en *Le Magazine Littéraire*, París, mayo de 1984, pp. 35-36. Véase también el texto de Rafael Farfán en este mismo número.